

# LA TIENDA

POR EDUARDO MAULEÓN

Contemplada desde allá arriba nuestra tienda de campaña era una insignificante mota de color naranja incrustada en un trozo de hierba intensamente verde.

Y, también desde allí, viendo aquel inmenso mundo de montañas peladas, barrancos y campas desiertas, torrenceras y ventisqueros, nuestro diminuto cobijo de lona nos hacía sentir, con inmensa fuerza, la grata necesidad de él.

Claro es que puede ocurrir que toda esa fuerza emotiva que es la que hace crecer nuestra pequeñez ante tanta grandiosidad, quede reducida a la justa medida de la mediocridad por mor a los imponderables.

Como esta noche pasada.

Hizo calor durante el día. Bochorno. Desde lo alto del monte veíamos, allá al fondo, unos tremendos y retorcidos nubarrones que llevaban el inconfundible sello de ir tirando lastre de agua y fuego a todo lo largo y ancho de su montañero recorrido.

Vinieron pronto los truenos. Truenos lejanos, de los que a veces nos inclinan a confundir por esos barrenos prolongados que se dejan oír en el Pirineo y nos obliga a decírnos en dónde y por qué diablos los hacen estallar.

Pero de que esta vez se trataba del pregón que anuncia la tormenta, no existía la menor duda. Además, para hacer más afectiva esta realidad, un alevín de relámpago se zafó de las apretadas nubes perseguido, casi en seguida, por otros de más respeto.

Hubo que bajar a saltos de la montaña con el fin de perder altura cuanto antes y hallar refugio y acomodo en la tienda. Y ya allí, tensar vientos, asegurar clavijas, ensanchar y profundizar más la zanja que anillaba la tienda, preparar algo para cenar...

El cielo pirenaico, metido ya en la noche, es una interminable sucesión de tremendos fogonazos. Los truenos, furiosos, se empujan continuamente entre sí y se meten y rebotan, con rabia, contra los paredones de la montaña.

Metida hasta la cabeza en el saco de dormir, pienso si mi compañero duerme. Lo pongo en duda porque precisamente las tormentas suelen ser su obsesión. Bueno, lo cierto es que yo creo que le sucede como a todo ciudadano que le alcanza un fregado parecido a éste en la montaña.

Para que no tenga duda de que está despierto y tenso, me da de pronto tal manotazo que casi me hace dar con la cabeza en el techo de la tienda.

—¡Oye, los piolets! ¡Los piolets!

—¡Majadero! ¡Vaya susto! Creí que era un rayo que caía encima. ¡Pues vaya! —le digo jadeando y oprimiéndome fuertemente el corazón.

—¡Que están ahí fuera, hombre, ahí fuera, al par de la tienda, frente a nuestras narices!

—¡Pues levántate y tíralos! Total yo estoy ya casi muerto...

—¿Salir yo? Quiá. Ni hablar del peluquín. Sal tú, hombre, sal. Tú eres más veterano. Pero tíralos muy lejos, ¿eh?

La verdad es que también yo tenía mi gran cupo de temor por tener que agarrarlos y tirarlos como si fueran jabalinas. Me decidí. Qué remedio.

—¡Está bien, está bien! Pero por lo menos alumbra con la linterna. ¡So falso!

Casi en seguida comenzó a llover. Gotas espaciadas al principio. Como aviso. Después, dando rienda suelta a todo su ímpetu, martilleando ruidosamente nuestra pobre tienda carente de doble techo.

Un fognazo verde seguido de un chasquido espantoso, nos ha dejado sin aliento y con el corazón envuelto en zozobante angustia.

—Este ha caído aquí —dice mi compañero, en un susurro—. A un metro de la tienda.

—Parece; pero a lo mejor a caído a un kilómetro.

—Y un cuerno. He sentido el calor del rayo en la cara.

—¿Tú en la cara? Estoy seguro que tienes la cabeza metida en el saco hasta los pies. Estás hecho un bolo. Igual que un gusano cuando lo tocas.

Por si la furiosa lluvia, los rayos y relámpagos y truenos no eran suficientes elementos como para dejarnos con el ánimo hecho un guiñapo, un ventarrón endiablado, haciendo causa común con aquellos, se nos ha venido encima con la mala saña de dejarnos tan sólo con los sacos de dormir.

—¡Tú, esto no aguantas! ¡Se nos lleva la tienda! —aúlla, más que grita, mi compañero—. Y mira como entra el agua. Todo el saco empapado. Y el pan y los calcetines. ¡Puaff, qué asco! Hay que hacer algo. Muévete, hombre. Me crispas los nervios.

—Echa serrín. Suele ser lo mejor.

—¡Vete a pasear! Quieres ser gracioso, pero puedes estar seguro que de eso no tienes ni pizca.

Aún falta un rato para que amanezca. Sentados, con la cabeza tocando casi las rodillas porque el peso del agua ha hecho bajar el techo de la tienda una enormidad, nos limitamos a escuchar el ruido del viento y la lluvia que se entretiene en dar tremendos porrazos a la lona.

Pienso en lo desconcertante que es la naturaleza. La anterior noche estuvimos durmiendo fuera de la tienda, cara a las estrellas, contemplando a la luna sacar brillos de plata a una cascada que baja resbalando por una pared cercana. Escuchando a los grillos y sintiendo junto a la cara, el suave roce del aire en los lirios. Dejando entrar, a lo más profundo del ser la inmensa paz, el maravilloso bienestar que en tantas ocasiones depara la montaña. Pero ahora en cambio...

—Bueno —habla mi compañero—, ¿no te parece que es hora de echar un vistazo al panorama? Porque habrá que salir y organizar todo este barullo. Tengo frío, sueño, sed y... de todo.

Niebla cerradísima, agua menuda y fría. Salir de la tienda a gatas y recibir de inmediato el contacto de la lluvia y la hierba mojada, es de lo más repelente. Así lo ha debido interpretar mi amigo que recula precipitadamente para tumbarse otra vez sobre su saco.

—Pues sí que estamos bien. La tienda hundiéndose cada vez más y nosotros sin poder movernos. ¿Luego dices? Estoy tiritando y sucio. Fíjate qué manos, anda, mira.

Efectivamente sus manos dan asco. Porque en ellas están concentrados todos los residuos de la pingosa leche condensada, el aceite de las sardinas, la grasa del tocino, de la mermelada, barro de las botas; en fin, de toda esa serie de vituallas y pertrechos que son comunes en una acampada.

A trancas y barrancas hemos logrado elevar bastante el techo de la tienda. Claro que con la rotura de un par de cuerdas y un desgarrón bastante aceptable.

Así hemos pasado el día. Mirando con nostalgia la leña amontonada al pie de la tienda que no nos sirve para nada. Contemplando la racionada llama del infiernillo de alcohol mientras la tienda se satura bien de su olor y de huevos fritos con jamón. Sintiendo en el cuello la asquerosa humedad de unos calcetines que cuelgan de un trozo de cuerda y la que emana del suelo a través del saco de dormir.

Y así también ha sido la noche. Sólo que ahora el viento ha sido más expansivo. Se ha pasado la noche entera llevando ráfagas de lluvia a la lona de la tienda hasta que ha conseguido tumbarla sobre nuestros apesadumbrados cuerpos.

Por eso, a punto de amanecer, mi amigo, sin pronunciar una sola palabra —terrible síntoma en él— ha salido de la tienda como si estuviera nadando; apartando lonas, cuerdas, ropas; ha metido en su mochila lo que le ha parecido, se ha apretado bien la capucha de su anorac y se ha zambullido en la niebla.

Creo que me esperará un poco más adelante. Y lo prefiero. Porque también, oírle encima de lo pasado...